

Ecología y guerra: hipótesis y sugerencias sobre estos conceptos en la Amazonia

Carlos JUNQUERA
(Universidad Complutense de Madrid)

ABSTRACT

Ecological studies have undergone a thorough reconceptualization. One major trend has been a move by ecological anthropologists away from the concept of entire populations adapting at regional levels, to focus instead on individual responses to local conditions. Distribution of population to resources argument invokes two distinct processes: the relocation of groups to establish a better balance of population to resources, and the creation of unutilized areas where game can replenish itself.

Village relocation, game preserves, population nucleation, casualties of war female infanticide, etc. are concepts of adaptation in biological and cultural evolution. Taking all this together, should we say that war is ecologically adaptive? Are people better able to adjust to their natural environment than they could without war? Against this idea, I have presented evidence and argument that where war seems to have beneficial consequences, these can also occur without war, and/or are of dubious ecological importance. Moreover, it seems reasonably certain that the presence of warfare means that far fewer people will be able to live in an area than could do so without war.

INTRODUCCION

La antropología cultural se ha enriquecido en los últimos tiempos con aportes sobre la ecología y la guerra. La literatura específica permite captar que

los planteamientos son muy diversos. La reflexión comenzó con la sugerencia de que la segunda realidad servía para establecer un cierto equilibrio entre población y medio ambiente en aquellos lugares en los que se detectaran sociedades preestatales. Este criterio se mantuvo vigente en la década de los sesenta (Vayda, 1969: 203-204). Los datos de este trabajo valoran las investigaciones aportadas sobre la cuenca del Amazonas.

La ecología fue considerada como un paradigma con matices funcionalistas (Ferguson, 1984a: 28-30). La explicación de esta postura consiste en argumentar que la violencia permitiría mantener a la gente en relación con el medio. Al principio de los setenta aparecieron cuatro posturas referentes a las consecuencias sociales que podía tener la beligerancia organizada. Dos se orientaban a evaluar la distribución de la gente y los recursos aprovechables en base al reasentamiento de los poblados, aspecto que conllevaría a la gestación de «áreas de conflicto», al menos aquellas en las que la caza fuese una reserva. Las otras dos centraban su reflexión comenzando por la tasa de crecimiento, considerando, a partir de ésta, que las bajas del campo de batalla, junto con los infanticidios, permitirían una cierta armonía con el medio ambiente.

A partir de estas posiciones, los aportes ecológicos han sufrido una verdadera reconceptualización. El concepto de adaptación conoce serias discusiones (Alland y McCay, 1973: 143-178; Bargatzky, 1984: 399-415; Chagnon e Irons, 1979; Sponsel, 1986: 67-97), siendo una de las tendencias aquella que postula el hecho de que grupos enteros se aclimatan a condiciones regionales y locales, lo que implicaría que debería darse como una especie de concentración, pero nunca surgiría una respuesta *individual* (Orlove, 1980: 235-273). En consecuencia, frente a las cuatro hipótesis que postulan, de un modo u otro, que la guerra es un producto de la adaptación, hay que sugerir, al menos en teoría, que pueden estar erradas de principio.

Hay que reconocer que algunos especialistas mantienen aún el criterio apuntado y otros preparan una salida más o menos airosa ante el cuestionamiento de cuáles pueden ser las ventajas materiales que consigan las sociedades preestatales en base a una lucha convencional y sistemática, o cuáles puedan ser las que, desde perspectivas individuales, permitan el ajuste al terreno. Debe tenerse en cuenta que todos los aportes ofrecen algunos visos de fiabilidad; no obstante, en orden a la ideología se pueden muy bien ignorar evidencias o plantear otras modalidades para los efectos demográficos en cuanto que la discordia orienta a las poblaciones hacia su destrucción.

1. DISTRIBUCION DE LA POBLACION Y DE LOS RECURSOS

Los argumentos propios de la distribución presentan dos procesos diferentes:

- 1.^o Reasentamiento de los grupos humanos para establecer el equilibrio entre población y recursos.
- 2.^o Creación de áreas neutrales que sean respetadas por todos para favorecer la regeneración de las especies que puedan ser cazadas.

1.1. Sugerencias sobre el reasentamiento de las poblaciones

La idea de que la guerra incita los movimientos de población desde núcleos con alta densidad hacia zonas con menor presencia humana y con menos recursos, fue sugerida, en el ámbito de la ecología cultural hace ya algunos años (Suttles, 1961: 148-163; Vayda, 1969: 202-220). Este criterio se aplicó en la Amazonía considerando lo que hoy se conoce como la controvertida «hipótesis de la proteína», que sugiere que las sociedades asentadas en zonas geográficas de «entre ríos» se ven limitadas, en cuanto a territorio se refiere, pero obtienen más caza que otras situadas en otros *habitats*, aun cuando ésta se agotará pronto. Así se han pronunciado autores como son los citados a continuación (Ross, 1978: 1-36; Gross, 1975: 526-549; Harris, 1977; 1979a: 121-132; Siskind, 1973: 226-240). La idea matriz es que una sociedad agota los recursos cinegéticos y como consecuencia acontece el éxodo con el fin de evitar un ataque del *vecino* que también depende de lo que ofrece el medio y que verá en el *otro* un enemigo que debe eliminarse con el fin de poder seguir viviendo.

Puede sugerirse también, y de suyo se ha hecho, que el movimiento ofrezca el sentido contrario; es decir: que un grupo humano se desplace de un sitio con poca caza a otro (u otros) que la tenga en abundancia, erigiéndose así en opositor potencial de quien (o quienes) esté (o estén) dependiendo de los recursos de la zona a invadir (Hames, 1983: 429-433). Se desprende así que, al menos en algunos casos, la guerra estallará como una consecuencia de la necesidad de proteínas. Adelanto que los aportes citados hasta el momento no dejan de ser dudosos en cuanto que casi todos acuden al mismo grupo humano: los Yanomani, y en la Amazonía hay otros muchos que presentan otros aspectos.

Los pueblos amazónicos se reasientan. Este es un dato que tiene muchos siglos de testimonio (Junquera, 1990a: 1290-1296). El fenómeno acontece sin tener en cuenta los *ataques* del vecino, pues no sólo la escasez impulsa a su ejecución y, sin obviar que ésta pueda ser un motivo, la realidad es que los enfrentamientos internos, la desaparición de líderes con prestigio, las plagas de insectos, el desmoronamiento de la casa, etc., son también motivos que invitan al cambio de lugar (Balee, 1984: 241-265; Good, 1984; Johnson, 1982: 413-428; Junquera, 1991a: 70-80). Si la rivalidad, en algún caso particular, es una consecuencia de la carencia de alimentos, ésta puede orientar al reasentamiento, pero éste se da sin necesidad de conflicto bélico, pues la adaptación, mediante este factor, ofrece, aparte de riesgos, altos desembolsos en preparativos, pérdidas humanas, etc. Por esta causa, y vistas las cosas con calma, quienes propugnan la correlación guerra-abastecimiento pueden ser cuestionados y sus criterios rechazados.

1.2. Zonas destinadas a la repoblación y reserva de caza

La idea de que la beligerancia crea «zonas neutrales», «tierras de nadie», etc., entre los diferentes grupos inmersos en la hostilidad, con la finalidad de

que permitan la repoblación de las especies y vuelvan a ser reservas de caza, fue apuntada por Hickerson (1962; 1965: 43-65), evaluando los datos recogidos entre los Chippewa del Noreste, por un lado, y en el valle del Mississippi, por otro; es decir, en áreas americanas, pero muy lejanas de la aquí considerada. Los criterios de este autor fueron aplicados a la Amazonía como una sugerencia más de la ya citada hipótesis de la proteína (Bennett Ross, 1980: 47-48; 1984: 97-98; Harris, 1977: 52-53; Harris y Ross, 1987: 61).

DeBoer (1981: 364-377) documenta la existencia de hostilidad entre los pueblos asentados en las márgenes de los grandes ríos en el momento del descubrimiento de América por parte de los españoles. Una cosa debe quedar clara: las sociedades preestatales no dependen exclusivamente de la caza para conseguir alimentos, pues la pesca abastece más y mejor, tanto en la actualidad (Berkerman, 1979: 533-560; Junquera, 1978a: 37-50) como en el pasado (Roosevelt, 1980). En consecuencia, el dato no debe tomarse como una evidencia tendente a defender que el combate genera beneficios adaptativos, pues los enfrentamientos entre pueblos intertribales han sido detectados con cuentagotas y, también es bueno señalarlo, por causas totalmente ajenas a ellos (Descola, 1981: 627; Harner, 1973; Wagley, 1983: 29).

La falta de otras sugerencias se debe, sospecho, a que sólo se reconocen aquellas zonas en las que se capta el conflicto debido a los pocos pueblos que practican la guerra activamente. De suyo, una laguna importante es la falta de monografías que posibiliten otras orientaciones. Mi conocimiento del ambiente amazónico me permite apuntar, entre otras cosas, que, ante la carencia de caza, nadie te mata.

Aun cuando existen fallos en la investigación, creo que disponemos ya de la suficiente información como para juzgar si es o no realidad el que la discordia sea un acontecimiento que aparezca entre sociedades residentes entre ríos. El hecho de que existan territorios adyacentes no implica su ocupación, pues está más que probado que la inmensa mayoría del bosque tropical amazónico no ha sido poblado ni ocupado ni en el actual presente.

La descripción de Steward y Faron (1959: 374-379) sobre poblaciones marginales enfatiza el aislamiento de unos respecto de otros. Se detectan grandes extensiones de terreno entre el sitio de asentamiento, las zonas de caza y la presencia de *esos* que se consideran como enemigos potenciales. Evaluando el territorio étnico de cada pueblo se ve que ofrece zonas de caza de las que no se puede afirmar si serán propicias o no en el futuro, por la sencilla razón de que los animales necesitan también saciar su sed y los ríos amazónicos cambian su curso con mucha facilidad, por lo que el grupo dependiente deberá modificar sus estrategias. Con lo dicho, no deseo afirmar ni negar la posibilidad de que existan «zonas neutrales»; es más, éstas pueden ser realidad en ciertos lugares e inexistentes en otros.

En el primer caso se puede aceptar la opinión de que el reasentamiento de pueblos y la creación de unas «tierras de nadie» para la caza puede ser una consecuencia de la beligerancia, pero nada impide pensar de otro modo.

1.3. Agrupación de poblaciones

Algunos especialistas han apuntado que las gentes, ante un ataque hipotético, se agrupan en poblados grandes en la perspectiva de que así tendrán más seguridad para sobrevivir (Arhem, 1981: 54; Bennett Ross, 1980: 54-55; Carneiro, 1987: 110; Chagnon, 1973: 199; Clastres, 1987: 181-216). En este supuesto se argumenta también que los asentamientos amplios agotan la caza regional con más rapidez que los pequeños, y por esta causa se impone el emigrar casi constantemente (Ross, 1978: 5, 8, 31); es más, en esta línea, el paso siguiente es admitir que ante la escasez vendrá la ruptura de los grupos humanos, fraccionándose en otros más pequeños, y acto seguido aparecería una tasa de natalidad más baja. La guerra disminuye, en este sentido, la capacidad de un área en lo que respecta a soporte para quienes dependen de ella.

Evaluando este aspecto y siguiendo con el *status* dudoso de los beneficios, adaptados al reasentamiento en zonas cinegéticas que han estado intocadas durante un tiempo prudencial, se ve que la beligerancia no genera una distribución ideal de la población orientada hacia los recursos naturales aprovechables, diferentes de aquellos otros que esperan captarse en ausencia de ella.

El segundo provecho es que el combate permite mantener un equilibrio entre población y recursos en cuanto que conceden controlar la tasa de crecimiento. La base está en que la dimensión bélica produce muertes directas de quienes pelean: los hombres jóvenes, principalmente; a esto debe añadirse la necesidad de gestar un infanticidio femenino, pero hay que manifestar que las posibilidades de matrimonio entre un adulto y una recién nacida son escasas y más aún el que estas uniones generen prole.

1.4. Las bajas producidas por la guerra

Esta sugerencia fue una de las primeras que aparecieron en el debate amazónico. Vayda (1967: 87; 1968: 470) sostuvo que una de las funciones de la guerra era reducir la presión demográfica sobre un determinado ambiente. Reichel-Dolmatoff (1973: 32) defendía poco después que el conflicto entre poblaciones consideradas como jefaturas —las colombianas, por ejemplo— era parte de un mecanismo con capacidad para controlar el incremento poblacional. Harris (1971: 229) se inclinó hacia esta opinión, pero se fue apartando de ella al mismo ritmo que se incrementaba el debate (Harris, 1977: 39), para terminar desestimándola (Harris y Ross, 1987: 55), porque la mayoría de los muertos eran varones y con un sistema de poligamia gran parte de los hombres pueden llegar a ser «productores superfluos». En consecuencia, Harris se unió a Divale (1976: 521-538; 1978: 668-671) para enfatizar el infanticidio femenino. El segundo (1970: 173-193) concede gran importancia a los caídos en el combate, pero con referencia explícita a los Yanomani, y el primero (1984: 11), analizando al mismo grupo humano, sostiene lo mismo y apunta que está orientada a la *regulación demográfica*.

Pocos aportes cuantifican la mortalidad de la guerra en la Amazonía, pero todos coinciden en mostrar unas tasas muy altas. El dato no deja de ser du-

doso en cuanto que se carece de censos oficiales en cualquiera de los Estados-Nación que comparten la gran cuenca aquí considerada. Las cifras que se ofrecen son las siguientes: Chagnon (1988: 985-992) manifiesta que el 30 por 100 de los varones adultos mueren violentamente; Yost (1981: 687) sostiene que el 44 por 100 de las muertes fueron generadas por lanceamiento intertribal; Bennet Ross (1984: 45) dice que un 59 por 100 de los hombres y un 27 por 100 de las mujeres Achuar perecen en riñas. Otras fuentes no cuantificadas sugieren niveles similares (Maybury-Levis, 1974: 172-178; Wagley, 1983: 30-40). Aun admitiendo la validez de estas cifras, hay que decir que las epidemias, el boom cauchero, el sistema de trabajo esclavista de corte occidental, etc., han sido más nefastos en la Amazonía que todos los enfrentamientos intertribales (Hemming, 1978; 1987; Junquera, 1978c: 77-92; 1987b: 259-275).

Nadie puede dudar que los muertos repercuten sobre la pirámide poblacional, pero tampoco puede ignorarse que la poligamia en el Amazonas es un asunto restringido. Werner (1983: 227-245) observó que entre los Mekronoti del Brasil, los caídos en combate reducían el tiempo de fertilidad de las mujeres debido a la monogamia, y ésta, según Harris y Ross (1987: 10) concede una tasa de crecimiento mayor que la poligamia. El dato, por supuesto, se supone que es aplicable a las sociedades preestatales.

El hecho de que grupos reducidos ofrezcan algunos individuos con dos o tres mujeres, por razón de *status* social (Junquera, 1991a: 74-80) no implica el que pueda afirmarse que los hombres sean exclusivamente surtidores de esperma; ante todo, son productores, pues tienen la responsabilidad de llevar caza a sus casas, así como otros alimentos (Junquera, 1978a: 37-50). Por esta causa, la pérdida de un número significativo de varones incidirá en la dieta, tanto en la unidad de producción (la casa) como en el poblado; es más, se generará «una crisis alimenticia», de la que las mujeres serán las primeras en resentirse y, acto seguido, los lactantes y niños (Harris y Ross, 1987: 10), que tendrán mayores posibilidades de perecer. Neel (1973: 172-173) testifica que la mayoría de los muertos causados por una epidemia de sarampión no fue suficiente para diezmar a la sociedad en cuestión, pero quebró el aprovisionamiento doméstico.

Los factores apuntados indican que los caídos en combate pueden tener un impacto negativo en la tasa de crecimiento. La cuestión, a la que me remitiré más adelante, es saber con exactitud si el coste proporciona un equilibrio entre densidad poblacional y recursos del medio. Una cosa parece ignorarse y es que hay que preguntar a las mujeres cuántos hijos desean tener, pues los datos que poseo de más de once años de investigación de campo difieren notablemente de los que ofrecen algunos de los autores aquí citados y también son del área amazónica (Junquera, 1991a: 60-65).

1.5. *Datos sobre el infanticidio femenino*

Este apartado es más complicado que los anteriores, pero ofrece más aportes teóricos. El estudio de este tema se desarrolló también con el funcionalismo de

la Ecología Cultural (Ferguson, 1984a: 30-34) y propone una cadena circular autorregulable con muchas variables. Difiere de hipótesis previas en cuanto que sugiere la adaptación de la guerra como aspecto genuino del Amazonas, pero que fue aplicado después a bandas y sociedades guerreras de otras latitudes.

La relación con el infanticidio femenino fue apuntada primeramente por Divale (1970: 173-193), pero sus criterios provenían de una lectura de Chagnon sobre los Yanomani (Divale, 1970: 175). Los datos sirvieron para que el segundo volviera a reflexionar sobre el tema y lo reforzara tal como puede verse a continuación: «el exceso inicial de varones parece ser una causa del infanticidio femenino y también un reflejo directo de la intensidad de la guerra. La relación entre ambas es como sigue: los varones crecen hasta convertirse en defensores y guerreros del pueblo. Las hembras, por otro lado, son consideradas menos valiosas y son destruidas, a menudo, al nacer... No es necesario decir que la predisposición hacia la matanza de niñas tenga un efecto sobre la intensidad de la hostilidad *inter e intra* poblados: la mayoría de las guerras Yanomani acontecen directamente por la competición de mujeres» (Chagnon, 1972: 273-274). Este autor siguió defendiendo sus criterios (1973: 134-136; 1975: 96), pero también ha sido contestado (Lizot, 1984b).

La reflexión más completa que conozco, evaluando las relaciones entre infanticidio femenino y guerra, aparece en un artículo ya citado aquí y debido a dos autores, Divale y Harris (1976: 521-538), aunque el segundo ha seguido aportando datos sobre el mismo tema (Harris, 1977: 41-44; 1979a: 121-132; 1979b: 68-69). Basándose en los datos observados en los Yanomani, ofrecen una teoría general de la guerra aplicable a bandas y a sociedades de poblados, es decir: las preestatales.

El argumento que ofrezco resumido es el siguiente: la agresividad implica la promoción de hombres violentos para que defiendan a la sociedad. La fiereza es captada mediante una ideología que valora mucho más lo masculino que lo femenino; este dato se refuerza mediante una recompensa sexual para los guerreros, que incluye la poligamia. La devaluación relativa de las hembras conduce a una preferencia por los niños y a un infanticidio selectivo de las niñas. En esta situación resulta que las casaderas escasean y acto seguido se genera el conflicto sobre ellas. El ciclo se perpetúa así según los dos autores citados. Está claro que la eliminación de hembras reduce el número de mujeres fértiles; en consecuencia, se restringe el crecimiento población. Divale y Harris (1976: 521-538) conectan estos datos con los que se ha dado en llamar «complejo supremacista del varón», aspecto que no tiene ninguna incidencia en las poblaciones amazónicas, pues para los propósitos de este artículo las cuestiones importantes son: ¿orienta la lucha hacia un exterminio femenino selectivo?, y si es así, ¿reduce la tasa de crecimiento en base a mantener un equilibrio entre gente y medio ambiente?

Existen bastantes aportes de estadísticas aplicadas al contacto cultural y al establecimiento de una correlación entre los datos evaluados (Divale y Harris, 1976: 521-538; 1978: 668-671; Bates y Lees, 1979: 273-289; Dow, 1983: 97-115). Uno de los problemas aparecidos fue solventado por Hawkes (1981: 79-

96) al demostrar que las relaciones argüidas, en el modelo Divale-Harris, podrían aplicarse solamente en sociedades patrilocales, pues en éstas el incremento de fiereza en los hombres procede del modelo educativo que propone la sociedad, dato que será admitido más tarde por Harris (1984: 112); Hawkes (1981: 7-96) señala que en el aporte de Divale y Harris (1976: 535), de las cifras, extraídas de once comunidades sudamericanas, sólo tres se corresponden con grupos patrilocales. El promedio de proporción sexual para la categoría juvenil en las tres es de 142 varones para 100 hembras; mientras que en las ocho restantes es de 103 a 100. Los mismos permitirían afianzar la asociación en algunas sociedades (Hurtado y Hill, 1987: 163-187), pero no son tan concluyentes como para que faciliten el planteamiento de una teoría general.

Esta limitación se orienta también hacia los Yanomani, que son patrilocales. Tal como sugirió Chagnon, este grupo humano no constituye el caso típico capaz de conceder los ingredientes para elaborar una tesis; no obstante, según el *censo*, son los más numerosos con mucho. En consecuencia, deben tomarse con cautela los aportes de este autor cuando ofrece una lista parcial de las edades juveniles, excluyendo deliberadamente la eliminación de niñas. Junto con otros (1979: 308-309), argumenta que los Yanomani no conforman un promedio humano de 105 hombres por cada 100 hembras, sino que tienen una proporción de nacimientos vivo cercano al 129 por 100. Las informaciones adicionales no permiten sostener esta afirmación, que está basada en un ejemplo de 678 alumbramientos en poblados Yanomani entre 1964 y 1974. Contestando a una réplica de cómo reunió los datos, Chagnon contesta: «es casi imposible adquirir una estimación justa del tipo de sexo en el nacimiento». Pero, ante la pregunta de si puede o no constatarse la muerte de las niñas, responde que «las hembras (...) son consideradas menos valiosas y son destruidas a menudo al nacer: una explicación común para el infanticidio femenino es simple (...), ella era hembra y no valiosa, por eso la matamos» (Chagnon, 1972: 273).

Esta explicación es difícil de reconciliar con la nueva postura de Chagnon y con que las causas biológicas incidan en la diferencia proporcional de hombres y mujeres asociada con la guerra intensiva, en cuanto que se ofrecen 157 y 121 a 100, respectivamente, para los dos sexos (Chagnon, 1972: 273). Que estas cifras sean atribuibles a intensidades variables de infanticidios es algo derivado de los datos presentados, pues en un poblado, de 22 mujeres, 12 fueron avisadas que debían eliminar un recién nacido en un período de trece años, y de éstos resultó que siete eran niñas y cinco varones, pero de aquí no puede deducirse un antifeminismo a ultranza. La proporción sexual de cero a trece años fue de 107 a 100 (Chagnon y otros, 1979: 302-303).

Mientras que la evidencia está lejos de concluir, parece existir una asociación entre infanticidio femenino y guerra en sociedades de corte patrilocal y especialmente entre los Yanomani, pero me vuelvo a preguntar, ¿tiene esto el efecto de crear un equilibrio entre crecimiento poblacional y recursos disponibles? Aparentemente, al menos, la respuesta es negativa. Los Yanomani del área estudiada por Chagnon están creciendo a ritmo rápido, estimado entre un 3 por 100 y un 5 por 100 en los últimos años (Chagnon y otros, 1979: 296). Estos datos

han sido contrastados y verificados por otros autores (Harris, 1977: 49; Lizot, 1977: 505; 1985). Dada la extraordinaria intensidad guerrera entre ellos, esta tasa de crecimiento se escapa también a cualquier idea que considere a los caídos en combate y a los fallecidos de muerte natural en relación con la evaluación que se pretende conseguir contrastándola con el medio ambiente.

A lo dicho es necesario añadir que el infanticidio, el aborto, etc., son prácticas tendentes a evitar el crecimiento poblacional en los pueblos amazónicos, incluidos los que no guerrean (Junquera, 1983b: 15-24; Meggers, 1976: 210-213; Oberg, 1973: 191; Wagley, 1983: 135-136; Reichel-Dolmatoff, 1971: 145). Es más, estas acciones no implican necesariamente el vivir en un estado constante de beligerancia. En resumen, la hipótesis de que la discordia tiene consecuencias negativas para mantener la tasa de crecimiento es algo que puede admitirse; otra cosa es que su ejercicio tenga la finalidad exclusiva de establecer el equilibrio entre población y recursos disponibles en el medio ambiente, pues esta segunda dimensión debe rechazarse incluso considerando el tan traído y llevado «dilema malthusiano».

2. LAS SOCIEDADES AMAZONICAS EN POBLADOS Y EN REFUGIOS

Uno de los primeros modelos propuestos en la Etnología amazónica está basado en la interrelación existente entre la distribución de lenguas y de rasgos culturales. Para Steward (1948: 883-899; 1949: 669-772) y otros, estos aspectos permiten afirmar que los distribuidores de cultura se encontraban asentados a lo largo de los grandes ríos y que se extenderían hacia los tributarios empujando a las poblaciones asentadas en éstos y obligándoles a refugiarse en zonas de subsistencia, las cuales no pasarían de ser evaluadas como marginales. Las limitaciones ecológicas de éstas, consideradas desde el punto de vista de la producción agrícola, obligaron a las gentes a adaptarse en sociedades simples vistas tanto desde el equipamiento tecnológico como desde las estructuras sociales (Steward, 1948: 883; Steward y Faron, 1959: 26-27, 288-290, 374-381).

Lathrap (1970: 186-190; 1973: 83-95), apoyándose en las conclusiones de Steward, sugiere que los núcleos de población, asentados en los centros agrícolas del Amazonas, emigrarían hacia las áreas de subsistencia marginales y empujarían a quienes residían en ellas hacia otras más lejanas e improductivas, en cuanto que eran menos numerosos. Lathrap (1973: 94) enfatiza que el «naufragio» de las sociedades complejas, vinculadas a este proceso, acontece argumentando que «todas las marginales son descendientes degradados de otras que, en alguna ocasión, mantuvieron una forma de cultura tropical» (1973: 87).

La hipótesis de Steward-Lathrap se establece en base a ese crecimiento poblacional en áreas de alta productividad y, al carecerse de ésta, se estimula la guerra en cuanto que las sociedades se mueven hacia áreas menos productivas, pero las que residían en ellas se vieron forzadas a evolucionar hacia formas de

organización propias de bandas simples. Esto parecía viable en el supuesto de que se cumplieren dos requisitos:

1.º Existencia de más de un centro con crecimiento de población.

2.º Forzado el desplazamiento, la emigración podía haber impuesto la paz *a posteriori* desde las áreas más productivas, si se cumplía que la primera tierra cayera dentro de las pretensiones territoriales de las jefaturas incipientes.

Cuarenta y dos años más tarde tenemos evidencias sobre quién se movió primero en el pasado y si en ello hubo o no violencia (Roosevelt, 1987: 161-162; Migliazza, 1982: 497-519). Por otro lado, hay que considerar los avances recientes, y éstos parecen confirmar las emigraciones pacíficas. Ante la posibilidad de datos concluyentes en este sentido, parece lógico especular con la citada hipótesis de Steward-Lathrap.

Estos dos estudiosos no discuten los probables efectos poblacionales, pero, basándonos en sus aportes, se puede sugerir lo siguiente: 1.º forzado el movimiento y quebradas las formas complejas de organización social, podría acontecer un descenso demográfico; 2.º al concluir la emigración, las áreas de productividad marginal pueden actuar como sumideros de población en cuanto que la proporción recursos/persona serán menores cada día. Evaluados en conjunto, estos dos efectos permiten explicar la estabilidad relativa de las sociedades amazónicas.

Existen varias razones para suponer que los desplazamientos y la quiebra organizativa vendría acompañada de pérdidas mayores de individuos, aun cuando se supone que más lo han sido los acontecimientos de un siglo a esta parte. Enfrentamientos con los militares, escaramuzas al intentar asentarse en un nuevo territorio, circunstancias del recorrido, presencia de colonos, etc., son datos que ayudan a disminuir la pirámide poblacional. Las pocas descripciones existentes muestran que la vida en la selva, en cuanto a viajar se refiere, es agotadora y precaria (Goldman, 1963: 163; Golob, 1982: 127, 166-167; Wagley, 1983: 40-43). Aquellos que carecen de apoyos se asientan en zonas de refugio en las que es muy difícil abrir chacras productivas. En esta situación aparece una regresión en cuanto que debe volverse a la caza y recolección porque la agricultura debe abandonarse. No obstante, sugiero que la «reserva» de cazadores-recolectores no tiene futuro en el Amazonas, porque todas las poblaciones nativas tendrán que forzar sus costumbres, sus códigos, etc., ante la presión externa, pues ésta se presenta en el área con el aval del gobierno de turno y con documentos de propiedad sobre las tierras concedidas, asuntos ajenos tanto al *ayer* como al *hoy* de los autóctonos (Junquera, 1978c: 77-92).

Debo considerar también el proceso de *empobrecimiento* sociopolítico propuesto por Lathrap. Desde una perspectiva tecnoambiental es concebible sin necesidad de perder vidas siempre que se cuente con un territorio lo suficientemente amplio como para favorecer la expansión. Debe evaluarse también desde las aparentemente inevitables consecuencias sociales de una repentina guerra provocada que colapsará el orden social en vigor; entre éstas pueden citarse: rotura y modificación de la familia, quiebra del sistema económico, generación de enfrentamientos políticos a nivel interno, estallido de choques civiles, etc. Cuánta presión se sentirá y durante cuánto tiempo son datos que vienen condicionados

por la ecología local, así como por las circunstancias de los desplazamientos. En conjunto, la habilidad para adecuarse a un medio sería menos problemática para los refugiados producidos como consecuencia de una hostilidad, que si estos mismos tuvieran que emigran pacíficamente desde los ríos.

Cuando un grupo desplazado se establece en un refugio apropiado, resulta que aún puede sufrir un descenso gradual. En cuanto se asienten en un sitio pueden entrar en competencia directa con los recursos que exploten otras sociedades y con las reservas que ofrezca la selva; en consecuencia, la lucha, con todos sus defectos destructivos, puede estallar en cualquier momento e incidir en la eliminación de los individuos. Los pueblos empujados hacia áreas marginales deben afrontarla continuamente y ver el resentimiento de su pirámide poblacional. Otras zonas pueden ser más adecuadas, pero también serán apetecibles por otros. Hay que tener presente que para sociedades que «vivan al día», un mal año puede significar la eliminación del incremento poblacional de otros muchos (Junquera, 1991a: 44).

Las sugerencias que vengo exponiendo deben considerarse a la luz de los aportes de Wobst (1974: 147-178), quien señala los límites en los que deben moverse los diferentes tipos de bandas. En el superior, el grupo puede dividirse, y en el inferior, generarse también una espiral descendente. Según en qué circunstancias, el margen entre ambos puede acercarse o separarse, pues todo dependerá de qué variable se considere como más incisiva. Una pérdida significativa de individuos orientará a una sociedad hacia un mantenimiento mínimo, y éste generará mayor descenso del habitual. Otro proceso similar puede acontecer en grupos que ofrezcan un número de varones destinados a la defensa o a una suplencia rutinaria de comida; ambos infortunios puede que generen la fusión de cuantos estén en la zona en situación similar, pero nada impide lo contrario.

Los aportes etnográficos, referentes a que los pueblos de las periferias de la Amazonía sufrieron una caída demográfica a largo plazo, son escasos (Hurtado y Hill, 1987: 163-187; Stearmann, 1984: 630-650). El asunto no puede presentar otro panorama porque ahora mismo no podemos manifestar con certeza si las sociedades estudiadas fueron exclusivamente cazadoras y recolectoras en un pasado relativamente cercano (Jackson, 1983: 150-155; Milton, 1984: 17-19); tampoco está claro en qué momento apareció una cierta agricultura en el bosque tropical amazónico (Morán, 1981). Lo que es observable es que las zonas de frontera, es decir, en las periferias, ofrecen el que los grupos humanos se encuentren en un proceso de coalición y asimilación de las formas ofrecidas por las nuevas culturas locales gestadas como consecuencia del contacto (Jackson, 1983: 90; Villas Boas y Villas Boas, 1973: 30, 35, 37).

Los Yanomani son otro caso a considerar. Su prehistoria es discutida (Harris, 1974: 100-102; Lizot, 1977: 499-500; Wilbert, 1966: 237-238). Ahora bien, al menos una cosa parece razonable, como es que en los mil años o más en que ellos han ocupado las tierras altas del Parima, su población no se incrementó con el paso del tiempo y esto en nada se contradice con los datos actuales que permiten multiplicar por dos el lapsus de un siglo. A pesar de la guerra y las nuevas enfermedades, las condiciones recientes de vida de esta sociedad son más favorables para el crecimiento que las de antaño.

Las respuestas válidas a los interrogantes que planteamos, respecto a las tendencias que presente la población desde dentro, pueden ofrecerse cuando el registro arqueológico y la investigación lingüística permitan una mejor y más completa filogenia tribal. La idea de que la explosión demográfica puede proceder de los refugios se presenta como una posibilidad de estudio, pues es coherente con hechos conocidos y puede aclarar, a largo plazo, toda la estabilización poblacional de la Amazonía, pues cualquiera que fuese el índice de incremento en el centro aceleraría el paso hacia el sistema, aun cuando fuese negado por pérdidas humanas en base a dos aspectos:

- 1.º Por su proceso de desplazamiento.
- 2.º Por disminuir la población en los puntos finales del mismo.

La idea de que la beligerancia fuerza a mover a las sociedades desde áreas densamente pobladas hacia refugios menos acogedores, es algo que se ha detectado en Nueva Guinea y en las tierras altas de Fringe (Lowman, 1980; Morren, 1977: 273-316; 1984: 169-207; Stanhope, 1970: 24-42). El mismo criterio se aplica a las variaciones ecológicas y guerreras de la costa del noroeste (Ferguson, 1984b: 267-328) y nada impide el que pueda usarse para evaluar a las sociedades que encuentren, en un tipo de recurso, el soporte más favorable para el crecimiento; asimismo, tampoco puede obviarse que el mismo permita una situación menos propicia para los grupos pequeños, a quienes conduce hacia el declive.

CONCLUSION

Hay más de una conclusión, aunque todas ellas estén conectadas. Evaluando la distribución entre población y recursos, tenemos lo siguiente:

- 1.º El reasentamiento de poblados hacia áreas más productivas es asunto que unas veces procede de la guerra y otras no.
- 2.º La creación de unas reservas de caza puede ser una consecuencia del conflicto, aun cuando los sitios concretos puedan ser cuestionables desde criterios ecológicos.
- 3.º El arrinconamiento de poblaciones, como consecuencia de los enfrentamientos, limita las habilidades para explotar con provecho los recursos naturales.

Cotejando estos tres puntos, puede sugerirse que la hostilidad incide en que se dé una distribución desfavorable entre población y recursos; lo que no acontecería en el caso de ausencia de disputas intertribales.

Respecto a la restricción de la tasa de crecimiento, puedo apuntar dos cosas:

- 1.ª Los caídos en combate pueden representar cifras significativas desde el punto de vista demográfico, tanto en lo tocante a la natalidad como al incremento de mortalidad, pues las muertes serán por su causa.
- 2.ª El infanticidio femenino, de algún modo, puede estar ligado con la guerra en aquellas sociedades que sean de corte patrilocal, pero el fenómeno puede acontecer por muchas causas y no sólo por la amenaza de que genere el

conflicto bélico. Ninguna de las consideraciones orienta hacia un equilibrio con los recursos; el caso de los Yanomani, donde se han hecho la mayoría de las observaciones, presenta una pirámide poblacional en crecimiento constante.

Se puede postular un tercer tipo de consecuencias en la relación demografía-guerra, como es que la segunda conduce a un modelo en el que las poblaciones son presionadas a salir de los asentamientos tradicionales, perdiendo un buen número de individuos útiles y debiendo terminar por asentarse en zonas de refugio, en las que las condiciones desfavorables inciden aún en el descenso de individuos. Este modelo es capaz de explicar, a largo plazo, la estabilidad de las sociedades en un área tan grande como la que delimita el bosque amazónico.

Evaluando estos datos hay que preguntarse, entre otras cosas, si la beligerancia es ecológicamente adaptable y de si hay gentes con más capacidad para adecuarse a su medio ambiente sin tener que acudir al enfrentamiento armado. Creo que ya he presentado evidencias suficientes y en aquellas áreas amazónicas en las que la violencia parece resolver los conflictos, resulta que éstos pueden solventarse sin necesidad de usar arcos y flechas (Junquera, 1978c: 82-85).

Se debe argumentar que el último punto es una buena prueba de los beneficios adaptativos de la beligerancia, en cuanto que ésta previene a la sociedad respecto del peligro que supone una tasa de crecimiento que implique degradar el medio constantemente. Que puede ser una posibilidad es algo que no dudo, pero también hay otras, pues el control de la natalidad también se da en ausencia de violencia, por cuestiones de producción, evolución política, brujería, etc., capítulos que más que una maldición constituyen un conflicto crónico.

La especulación respecto de qué pasaría si todo fuera diferente es algo que también se apunta. La evaluación de evidencias aprovechables indica que la gente no se predispone ni más ni mejor hacia su medio ambiente por causa de la guerra, pues ésta puede generar un desequilibrio entre población y recursos, lo que no dejaría de ser un mal ataque y una pésima estrategia. Lo que la historia evidencia es que la vida cotidiana se resiente y se agría cuando hay espíritu de belicosidad, al menos en las sociedades preestatales, pues las otras no se consideran aquí.

BIBLIOGRAFIA

ALLAND, A., y B. McCAY

- 1973 «The Concept of Adaptation in Biological and Cultural Evolution», en *Handbook of Social and Cultural Anthropology*, Ed. de J. Honigsmann, pp. 143-178. Chicago.

ARHEM, K.

- 1981 «Makuna Social Organization. A Study in Descent, Alliance and the Formation of Corporate Groups in the North-Western Amazon», en *Upsalla Studies in Cultural Anthropology*, vol. 4, pp. 50-77.

BALEE, W.

- 1984 «The Ecology of Ancient Tupi Warfare», en R. B. Ferguson, *Warfare, Culture, and Environment*. Orlando, pp. 241-265.

BARGATZKY, T.

- 1984 «Culture, Environment and the Ills of Adaptation», en *Current Anthropology*, vol. 25, pp. 399-415.

BATES, D., y S. LEES

- 1979 «The Myth of Population Regulation», en N. Chagnon y W. Irons, *Evolutionary Biology and Human Social Behavior*. North Scituate, pp. 273-289.

BECKERMAN, S.

- 1979 «The Abundance of Protein in Amazonia: A Reply to Gross», en *American Anthropologist*, vol. 81, pp. 533-560.

BENNETT ROSS, J.

- 1980 «Ecology and the Problem of Tribe: a Critique of the Hobbesian Model of Preindustrial Warfare», en E. Ross, *Beyond the Myths of Culture: Essays in Cultural Materialism*. New York, pp. 33-60.

- 1984 «Effects of Contact on Revenge Hostilities among the Achuara Jivaro», en R. B. Ferguson, *Warfare, Culture, and Environment*. Orlando, pp. 83-109.

CARNEIRO, R.

- 1987 «Village Splitting as a Function of Population Size», en L. Donald, *Themes in Ethnology and Culture History: Essays in Honor of David Aberle*. Meerut, pp. 94-124.

CHAGNON, N.

- 1972 «Tribal Social Organization and Genetic Microdifferentiation», en G. A. Harrison y A. J. Boyce, *The Structure of Human Population*. Oxford, pp. 252-282.

- 1973 «The Culture-Ecology of Shifting (Pioneering) Cultivation among the Yanomano Indians», en D. Gross, *Peoples and Cultures of Native South America*. Garden City, pp. 126-142.

- 1975 «Genealogy, Solidarity and Relatedness: Limits to Local Group Size and Patterns of Fissioning in a Expanding Population», en *Yearbook of Physical Anthropology*, vol. 19, pp. 95-110.

- 1988 «Life Histories, Blood Revenge, and Warfare in a Tribal Population», en *Science*, n.º 239, pp. 985-992.

CHAGNON, N., M. FLINN y T. MELANCON

- 1979 «Sex-Ratio Variation among the Yanomano Indians», en N. Chagnon y W. Irons, *Evolutionary Biology and Human Social Behavior*. North Scituate, pp. 290-320.

CHAGNON, N., y W. IRONS (ed.)

- 1979 *Evolutionary Biology and Human Social Behavior*. North Scituate.

CLASTRES, P.

- 1987 *Investigaciones en antropología política*. Barcelona.

DEBOER, W.

- 1981 «Buffer Zones in the Cultural Ecology of Aboriginal Amazonia: An Ethnohistorical Approach», en *American Antiquity*, vol. 46, pp. 364-377.

DIVALE, W.

- 1970 «An Explanation for Primitive Warfare: Population Control and the Significance of Primitive Sex Ratios», en *New Scholar*, vol. 2, pp. 173-193.

DIVALE, W., y M. HARRIS

- 1976 «Population, Warfare and the Male Supremacist Complex», en *American Anthropologist*, vol. 78, pp. 521-538.

- 1978 «The Male Supremacist Complex: Discovery of a Cultural Invention», en *American Anthropologist*, vol. 80, pp. 668-671.
- DESCOLA, P.
 1981 *From Scattered to Nucleated Settlement: A Process of Socioeconomic Change among the Achuar. Cultural Transformation and Ethnicity in Modern Ecuador*. Urbana.
- DOW, J.
 1983 «Women Capture as a Motivation for Warfare. A Comparative Analysis of Intra-Cultural Variation and a Critique of the Male Supremacist Complex», en R. Dyson-Hudson y M. Little. *Rethinking Human Adaptation: Biological and Cultural Models*. Bondder, pp. 97-115.
- FERGUSON, R. B.
 1984a «Introduction: Studying War», en R. B. Ferguson (edt.), *Warfare, Culture, and Environment*. Orlando, pp. 1-81.
- GOLDMAN, J.
 1963 *The Cubeo: Indians of the Northwest Amazon*. Urbana.
- GOLOB, A.
 1982 *The Upper Amazon in Historical Perspective*. New York.
- GOOD, K.
 1984 *Demography and Land Use among the Yanomano of the Orinoco-Siapa Block in Amazon Territory*. Caracas.
- GROSS, D.
 1975 «Protein Capture and Cultural Development in the Amazon Basin», en *American Anthropologist*, vol. 77, pp. 526-549.
- HAMES, R.
 1983 «A Settlement Pattern of a Yanomano Population Bloc: A Behavioral Ecological Interpretation», en R. Hames y W. Vickers, *Adaptation responses of native Amazonians*. New York, pp. 429-449.
- HARNER, M.
 1973 *The Jivaro: People of the Sacred waterfalls*. Garden City.
- HARRIS, M.
 1971 *Culture, Man and Nature: An Introduction to General Anthropology*. New York.
 1977 *Cannibals and Kings: The Origins of Culture*. New York.
 1979a «The Yanomano and the Causes of War in Band and Village Societies», en M. Margolis y W. Carter (edt.), *Essays in Honor of Charles Wagley*. New York, pp. 121-132.
 1979b *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture*. New York.
 1984 «A Cultural Materialism Theory of Band and Village Warfare: The Yanomano Test», en R. B. Ferguson, *Warfare, Culture, and Environment*. Orlando, pp. 111-140.
- HARRIS, M., y E. ROSS
 1987 *Death, Sex, and Fertility: Population Regulation in Preindustrial and Developing Societies*. New York.
- HAWKES, K.
 1981 «A Third Explanation for Female Infanticide», en *Human Ecology*, vol. 9, pp. 79-96.

HEMMING, J.

1978 *Red Gold: The Conquest of the Brazilian Indians*. London.

1987 *Amazon Frontier: The Defeat of the Brazilian Indians*. Cambridge.

HICKERSON, H.

1962 «The Southwestern Chippewa: An Ethnohistorical Study», en *The American Anthropological Association Memoir* 92, pp. 47-61.

1965 «The Virginia Deer and Intertribal Buffer zones in the Upper Mississippi Valley», en Leeds, A., y A. Vayda, *Man, Culture and Animals. The Role of Animals in Human Ecological Adjustments*. Washington, pp. 43-65.

HURTADO, A. M., y K. HILL.

1987 «Early Dry Season Subsistence Ecology of Cuiva (Hiwi) Foragers of Venezuela», en *Human Ecology*, vol. 15, pp. 163-187.

JACKSON, J.

1983 *The Fish People: Linguistic Exogamy and Tukanoan Identity in Northwest Amazonia*. New York.

JOHNSON, A.

1982 «Reductionism in Cultural Ecology: The Amazon Case», en *Current Anthropology*, vol. 23, pp. 413-428.

JUNQUERA, C.

1978a «La pesca y sus métodos en el mundo primitivo», en *Antisuyo*, vol. I, pp. 37-50.

1978c «Los Amarakaeris frente a la cultura occidental», en *Antisuyo*, vol. I, pp. 77-92.

1983b «Aborto y ética familiar entre los Amarakaeri», en *Ethnica*, vol. 19, pp. 15-24.

1987b «La incidencia de la tecnología occidental en la cultura de los indios Harakmbet de la amazonía peruana», en *Revista Española de Antropología Americana*, vol. XVII, pp. 259-275.

1990c «Ökologie und Gesellschaft im Amazonasbecken des peruanischen Südwestens», en *Ethnologia Americana*, vol. 117, pp. 1290-1296.

1991a *Aspectos sociales de una comunidad primitiva. Los indios harakmbet de la Amazonía Peruana*. Barcelona.

LATHRAP, D. W.

1970 *The Upper Amazon*. New York.

1973 «The "Hunting" Economies of the Tropical Forest Zone of South America. An Attempt at Historical Perspective», en D. Gross, *Peoples and Cultures of Native South America*. Garden City, pp. 83-95.

LIZOT, J.

1977 «Population, Resources and Warfare among the Yanomani», en *Man*, vol. 12, pp. 496-517.

1984b *Les Yanomani centraux*. París.

1985 *Tales of the Yanomani: Daily Life in the Venezuelan Forest*. New York.

LOWMAN, C.

1980 *Environment, Society and Health: Ecological Bases of Community Growth and Decline in the Maring Region of Papua, New Guinea*. New York.

MAYBURY-LEWIS, D.

1974 *Akwe-Shavante Society*. New York.

MEGGERS, B.

1976 *Amazonía. Hombre y cultura en un paraíso ilusorio*. México.

- MIGLIAZZA, E.
1982 «Linguistic Prehistory and the Refuge Model in Amazonia», en G. Prance, *Biological Diversification in the Tropics*. New York, pp. 497-519.
- MILTON, K.
1984 «Protein and Carbohydrate Resources of the Maku Indians of Northwestern Amazonia», en *American Anthropologist*, vol. 86, pp. 7-27.
- MORÁN, E.
1981 *Developing the Amazon*. Bloomington.
- MORREN, G.
1977 «From Hunting to Herding: Pigs and the Control of Energy in Montane New Guinea», en T. Bayliss-Smith y E. Feachem, *Subsistence and Survival*. London, pp. 273-316.
1984 «Warfare on the Highland Fringe of New Guinea. The Case of Mountain Ok», en R. B. Ferguson, *Warfare, Culture, and Environment*. Orlando, pp. 169-207.
- NEEL, J.
1973 «Lessons from a "Primitive" People», D. Gross, *Peoples and Cultures of Native South America*. Garden City, pp. 159-182.
- OBERG, K.
1973 «Types of Social Structure among the Lowland Tribes of South and Central America», en D. Gross, *Peoples and Cultures of Native South America*. Garden City, pp. 189-212.
- ORLOVE, B.
1980 «Ecological Anthropology», en *Annual Review of Anthropology*, vol. 9, pp. 235-273.
- REICHEL-DOLMATOFF, G.
1971 *Amazonian Cosmos. The Sexual and Religious Symbolism of the Tukano Indians*. Chicago.
1973 «The Agricultural Basis of the Sub-Andean Chiefdoms of Colombia», en D. Gross, *Peoples and Cultures of Native South America*. Garden City, pp. 28-38.
- ROOSEVELT, A.
1980 *Parmana: Prehistoric Maise and Manioc Subsistence along the Amazon and Orinoco*. New York.
1987 «Chiefdoms in the Amazon and Orinoco», en R. Drennan y C. Uribe, *Chiefdoms in the America*. Lanham, pp. 153-184.
- ROSS, E.
1978 «Food Taboos, Diet, and Hunting Strategy: The Adaptation to Animals in Amazon Cultural Ecology», en *Current Anthropology*, vol. 19, pp. 1-36.
- SISKIND, J.
1973 «Tropical Forest Hunters and the Economy of Sex», en D. Gross, *Peoples and Cultures of Native South America*. Garden City, pp. 226-240.
- SPONSEL, L.
1986 «Amazon Ecology and Adaptation», en *Annual Review of Anthropology*, vol. 15, pp. 67-97.
- STANHOPE, J.
1970 «Patterns of Fertility and Mortality in Rural New Guinea», en *New Guinea Bulletin*, n.º 34, pp. 24-42.

STEARMAN, A.

- 1984 «The Yuqui Connection: Another Look at Siriono Deculturation», en *American Anthropologist*, vol. 86, pp. 630-650.

STEWART, J.

- 1948 «Culture Areas of the Tropical Forest», en *Handbook of South American Indians*, vol. 3, pp. 883-899.
- 1949 «South American Cultures: An Interpretative Summary», en *Handbook of South American Indians*, vol. 5, pp. 669-772.

STEWART, J., y L. FARÓN

- 1959 *Native Peoples of South America*. New York.

SUTTLES, W.

- 1961 «Subhuman and Human Fighting», en *Anthropologica*, vol. 3, pp. 148-163.

VAYDA, A.

- 1967 «Hypotheses about Functions of War», en M. Fried, M. Harris y R. Murphy, *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*. Garden City, pp. 85-91.
- 1968 «Primitive War», en *International Encyclopedie of the Social Sciences*, vol. 16, pp. 468-472.
- 1969 *Expansion and Warfare among Swidden Agriculturalist. Environment and Cultural Behaviour: Ecological Studies in Cultural Anthropology*. Garden City.

VILLAS BOAS, O., y C. VILLAS BOAS

- 1973 *Xingu: The Indians, Their Myths*. New York.

WAGLEY, C.

- 1983 *Welcome of Tears: The Tapirare Indians of Central Brasil*. Prospect Heights.

WERNER, D.

- 1983 «Fertility and Pacification among the Mekronoti of Central Brasil», en *Human Ecology*, vol. 11, pp. 227-245.

WILBERT, J.

- 1966 *Indios de la Región Orinoco-Ventuari*. Caracas.

WOBST, H. M.

- 1974 «Boundary Conditions for Paleolithic Social Systems: A Simulation Approach», en *American Antiquity*, vol. 39, pp. 147-178.

YOST, J.

- 1981 «Twenty Years of Contact: The Mechanisms of Change in Wao ("Anca") Culture», en R. Hames y W. Vickers, *Adaptative Reponses of Native Amazonians*. New York, pp. 189-224.